

FERNANDO ÁVILA

**LOS NIÑOS
QUE NO
COMÍAN
CARAMELOS**

Platero
COOLBOOKS 

Título: Los niños que no comían caramelos

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto Fernando Ávila.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-95-5

*A mis padres, siempre presentes.
A Marta, que lo ha vivido.*

*Halloween, el único día del año en que todos
llevan una máscara menos yo. La gente encuentra
divertido disfrazarse de monstruo. Yo... Yo me paso
la vida fingiendo que no lo soy. Amigo, hermano,
novio. Todos, parte de mi colección de disfraces.
Habrá gente que me considerará un fraude.
Yo prefiero considerarme un maestro del disfraz.*

—*Dexter*, serie de televisión basada en
la novela *El oscuro pasajero*, de Jeff Lindsay.

NOTAS DEL AUTOR

Aunque la trama histórica de esta novela encuentra su hilo conductor en la figura de Josef Mengele, parte de lo que se narra con respecto al médico nazi procede de la imaginación del autor.

Se ha respetado la veracidad de los datos que se conocen sobre su vida, su estancia en el campo de concentración de Auschwitz y su huida hacia América. Otras situaciones y elementos han sido inventados para ponerlos al servicio de la trama principal.

Prólogo

Siempre hay una primera vez para todo. También para matar. A lo largo de los siglos, la historia de la humanidad ha documentado cientos de formas de hacerlo.

Mientras se aproxima a su víctima, Javier Méndez repasa mentalmente los métodos de ejecución que mayor impacto le han causado. Lo curioso es que todos tienen nombre de atracciones de feria: el estirón vertical, la sierra, el águila de sangre, la rueda, el matrimonio republicano... Precisamente porque nunca creyó en el amor eterno, este último es el que más gracia le hace. Nació en la Francia posrevolucionaria y consistía en atar de espaldas a dos personas de sexos opuestos, exponerlas durante una hora al escarnio público y luego arrojarlas al río para que murieran ahogadas.

—Disculpe, señor. ¿Me puede decir la hora?

Javier Méndez ha leído mucho sobre torturas antes de decidirse a quitarle la vida a un ser humano. Sin embargo, después de pensarlo bien, ha preferido seguir su instinto y, sobre todo, confiar en la ciencia.

—¿Cómo no? Las...

El hombre no puede terminar la frase. Siente un pinchazo en el cuello e inmediatamente todo se apaga a su alrededor.

Javier Méndez sujeta la jeringuilla con la boca y arrastra el cuerpo inerte hasta un callejón oscuro. Al final, ha optado por la ketamina, un anestésico que tiene a la mano siempre que quiere. Después de todo, ser médico le debe servir para algo...

Índice

NOTAS DEL AUTOR.....	9
Prólogo.....	11
PRIMERA PARTE	15
Capítulo 1	17
Capítulo 2	19
Capítulo 3	23
Capítulo 4	27
Capítulo 5	31
Capítulo 6	35
Capítulo 7	39
Capítulo 8	45
Capítulo 9	51
Capítulo 10	57
Capítulo 11	63
Capítulo 12	69
Capítulo 13	75
Capítulo 14	81
Capítulo 15	87
Capítulo 16	93
Capítulo 17	101
SEGUNDA PARTE	109
Capítulo 18	111
Capítulo 19	117
Capítulo 20	125
Capítulo 21	131
Capítulo 22	135
Capítulo 23	141
Capítulo 24	147

Capítulo 25.....	155
Capítulo 26.....	163
Capítulo 27.....	171
Capítulo 28.....	177
Capítulo 29.....	185
Capítulo 30.....	189
Capítulo 31.....	195
Capítulo 32.....	201
Capítulo 33.....	205
Capítulo 34.....	211
Capítulo 35.....	217
Capítulo 36.....	225
Capítulo 37.....	231
Capítulo 38.....	237
Capítulo 39.....	243
Capítulo 40.....	251
Capítulo 41.....	257
Capítulo 42.....	263
Capítulo 43.....	269
TERCERA PARTE.....	275
Capítulo 44.....	277
Capítulo 45.....	285
Capítulo 46.....	295
Capítulo 47.....	301
Capítulo 48.....	307
Capítulo 49.....	309
Epílogo.....	311
Agradacimientos.....	313

PRIMERA PARTE

*En una ocasión cogió a un padre y a un hijo,
los asesinó, les arrancó la carne del esqueleto
y, posteriormente, envió sus restos a un
museo de Berlín. Lo más tétrico es que,
en los días posteriores, unos obreros
polacos se creyeron que aquella carne
era su ración del día y se la comieron.*

—*La desaparición de Josef Mengele, de Olivier Guez.*

Capítulo 1

—¡Niña, no veas cómo me tienes!

—No sé, Iván. Mira que si nos ven...

Iván está tan caliente que ha dado el día libre a su umbral de peligro. Tiene la entrepierna hinchada y eso no le ayuda a pensar. Solo quiere tirarse a Lucía.

—Tranquila, preciosa. Aquí nunca viene nadie.

—¿Nunca viene nadie? —Hablan los celos—. ¿Cómo que nunca? O sea, que ya te conoces el sitio.

Iván y Lucía llevan un tiempo saliendo. Lo que empezó como un rollo de verano va tomando visos de relación seria. Ella sabe que su fama de ligón le precede y que no ha sido la única. De todas formas, no puede evitar la zarpada. El pasado duele y de tanto en tanto vuelve para patearle el estómago.

—Eso me han dicho. —Una sonrisa pícaro asoma a los labios de un joven que se bebe la vida a sorbos grandes—. Anda, no te pongas así, que tú no te quedas corta.

Lucía asiente por dentro, pero con cuidado de no exteriorizarlo. Si contara las equis de cada ex con el que ha salido igualaría el tamaño del buscador porno que el guarro de su novio tiene en el móvil.

Interrumpe sus pensamientos. Siente la mano de Iván deslizarse por debajo de la falda. La respuesta del cuerpo es automática. Las neuronas acometen una carrera eléctrica y empapan de un chispazo sus ansias de sexo. De repente, ya no tiene miedo de hacerlo en el coche.

Él capta los signos extraverbales del deseo: los incisivos mordiendo el labio inferior, un suspiro ahogado a destiempo...

—Espera, preciosa. —El apelativo preferido de Iván se confunde con el chasquido del freno de mano. Hace rato que el motor dejó de estar encendido—. Voy a mear.

El chico de ojos azules y mirada cristalina maldice entre dientes. Siempre

le pasa. En los peores momentos. Parece que tiene un demonio trabajando para él a tiempo parcial que quiere joderle los pequeños placeres de la vida. Decidido a cambiarlo por ese ángel que hace horas extras la madrugada de los sábados, Iván pretende darse prisa.

—No tardo, nena.

El frío de la noche lo abofetea, pero es una sensación plácida. Sentir cómo su vejiga se vacía ayuda a liberar unas endorfinas que hacen cola en el cerebro del muchacho. Los grillos se suman al concierto de su uretra y el novio de Lucía cierra los ojos, extasiado ante la demostración de talento del improvisado grupo.

Entonces, ve algo. Está oscuro, pero su cerebro se esfuerza en enviar una orden urgente al nervio óptico. El estímulo es lo suficientemente grande como para que a Iván se le corte la meada.

—¡Su puta madre! —suelta por la boca mientras las pupilas se emplean a fondo.

—¿Qué pasa? —Un cubo de hielo apaga bruscamente la calentura de la chica, que abre nerviosa la ventanilla.

La mirada celeste del joven rompecorazones se vuelve negra como la noche. La señal transmitida por el sistema nervioso ha explotado definitivamente en la corteza visual de sus hermosos iris.

—¡Vámonos de aquí cagando leches!

Ella se baja la falda. Nota el pulso en la garganta y grita:

—¡Coño, Iván! ¡No me asustes! ¿Qué hay ahí?

La nueva pregunta martillea los oídos del chico, incapaz ya de quitarse esa imagen de la cabeza.

—¡Nosotros no hemos visto nada! ¿Vale?

Segundos después, un minúsculo punto de luz se pierde en la lejanía hasta casi desaparecer. El descampado se queda vacío de nuevo. Los grillos detienen su canto. El silencio se espesa y se escucha un leve gemido. Dos cuerpos yacen agonizantes sobre la tierra seca.

Están cosidos uno a otro por la espalda.

Capítulo 2

La muerte es inoportuna. A nadie le viene bien. La naturaleza, además, puede ser cruel y espectacularmente espantosa de vez en cuando. Un abogado que se quedó trabajando en la planta 43 de la torre Emperador hasta altas horas de la noche lo comprobó en sus carnes. Trituradas.

Sin la prevención de tumbarse bocabajo para reducir el impacto, el letrado tuvo tiempo suficiente para sentir cómo sus órganos internos estallaban al contacto del ascensor contra el suelo.

La muerte es inoportuna y, afortunadamente para él, de vez en cuando le concede este tipo de regalos. César Aguarón experimenta un placer casi enfermizo cada vez que pasa por sus manos un cadáver como el del jurista. César Aguarón trabaja en un edificio moderno para estudiar la muerte. Es forense en el Instituto de Medicina Legal de Madrid.

Aunque el antiguo Instituto Anatómico Forense estaba más cerca de su casa, hace ya tiempo que el experto médico se dio cuenta de las ventajas del nuevo edificio. Desorientarse no resulta difícil, pero a él no le hacen falta las pegatinas con los puntos cardinales que hay en cada planta. Diríase que se siente como el Minotauro de Creta en su propio laberinto. Tener de vecina la Ciudad Deportiva del Real Madrid supone, además, un revulsivo para alguien como el doctor Aguarón, que no se pierde nunca un partido del equipo blanco cuando este juega de local.

—Llegas tarde —increpa al auxiliar que trabaja con él en la morgue—. ¡Ya lo sé... bla, bla, bla! —interrumpe el conato de protesta de su subordinado—. La Renfe tarda mucho y la frecuencia de trenes es muy baja.

—Y más hoy, que es domingo.

El sexagenario especialista resopla de indignación. Les encanta quejarse. Las casi 400 personas que trabajan allí diariamente siempre tienen un ay en la boca. No saben admirar las virtudes de un inmueble que se encontraba aparcado y casi abandonado en una parcela de Valdebebas, al norte de la capital.

Han olvidado muy pronto las incomodidades de unas obsoletas instalaciones ubicadas en la Facultad de Medicina, en la ciudad universitaria. Quizás ya no se acuerdan del enorme esfuerzo que supuso revestir en plena pandemia el recinto al que, para abreviar, se conoce como el IML.

—¿Y el coche nuevo *pa'cuando*?

César Aguarón raya la edad de la jubilación, pero su humor goza de excelente juventud.

Maneja las nuevas tecnologías como un chaval y visualiza ahora a Jennifer López, que a golpe de cadera le reclama el anillo como en esa vieja canción que nunca pasa de moda.

A su ayudante la broma no le hace gracia. Ayer colaboró en la autopsia de un caso de malos tratos a un bebé y aún no se ha recuperado. Además, sabe que hoy tendrá que ordenar los cartelitos de las 253 cámaras frigoríficas de la sala de al lado. Son los cartelitos donde figuran el nombre del fallecido y la causa del deceso.

—¿Qué tenemos?

El médico pretende mostrar la misma indiferencia al descubrir la sábana. No le sale. Mira alrededor de la sala de autopsias hacia los otros diecisiete puestos. La mayoría están vacíos, pero hay uno que le llama la atención. Un compañero se afana en su trabajo sobre una mesa de tamaño XXL. Su ocupante murió de obesidad mórbida.

El doctor Aguarón es ahora un animal que otea el horizonte seguro ya de que ningún depredador le robará la presa. Los jugos gástricos del estómago empiezan a hacer su tarea. Las papilas gustativas borbotean en su boca y el médico vuelve a ser ese niño que se hincha a Peta Zetas. Está completamente excitado.

—Esto tenemos —responde con la sapiencia del camarero que recita el menú del día—. Un dos por uno.

A estas alturas de la película, el joven ayudante cree haberlo visto todo. Se metió en esto del negocio de la muerte hace unos años, cuando hizo un curso de tanatoestética e iniciación a la tanatopraxia. Su título de 2.290 euros dice que es especialista también en restauración y reconstrucción de cadáveres, en psicología del duelo y anatomía patológica. Además, las 100 horas de prácticas en tanatorios aceraron su carácter antes de sacarse más tarde las oposiciones de auxiliar forense.

—¡Joder, qué *random*! ¡Están cosidos!

Con la fascinación que generan las cosas sin vida, doctor y ayudante contemplan los cuerpos de dos niños gemelos. No deben de tener más de diez años. Las espaldas de ambos se hallan hilvanadas con la precisión propia de

un cirujano. Quien lo hizo ha de contar con conocimientos médicos. Más tarde, el doctor Aguarón lo confirmará.

—¿De qué me suena todo esto?

El muchacho lanza la pregunta al aire con la convicción de que los cadáveres deberían permanecer en la sala de bioseguridad, la joya del IML. Hasta el momento tal espacio no ha sido utilizado. Se destina a personas fallecidas por virus, bacterias o similares que pueden suponer un caso extremo de riesgo para la población.

—Yo te voy a contar a qué te suena. —César Aguarón sonrío encantado. Ha leído suficiente literatura como para reconocer la analogía de los dos cadáveres con la obra de un monstruo que conoce bien—. Los cuerpos pegados se parecen a los siameses. A los siameses del doctor Mengele. ¿Sabes quién fue?

Capítulo 3

Octubre de 1943, Auschwitz-Birkenau (Alemania nazi)

Los niños lo llaman *onkel* Josef (tío José). Él les ofrece caramelos. Luego los mata.

Corre una ligera brisa frente al pabellón 10, en el campo II. Anteriormente ha sido un cuartel del ejército de Polonia. El humo se cuele por las fosas nasales del capitán médico, que mira hacia la inmensa chimenea cuadrada hecha de ladrillo rojo. Su nariz y luego la garganta se llenan del hedor nauseabundo de carne quemada y pelo chamuscado.

Al ángel de la muerte, como comienzan a llamarlo, no parece importarle. De hecho, se ha pedido como destino esta inmensa cárcel rodeada de alambradas, cinco crematorios y otras tantas cámaras de gas.

Hoy está contento. Su último experimento arroja unos resultados sorprendentes. Hace cuatro días obligó a una madre lactante a cubrirse los pezones con esparadrapos y el recién nacido aún sigue vivo. Su llanto es cada vez más débil, pero resulta increíble cómo el mocoso se agarra a la vida.

Sin embargo, la sonrisa del capitán médico no solo se debe a los apuntes que toma sobre la evolución del bebé. La felicidad hay que buscarla en el nuevo tren que ha llegado al campo de exterminio.

—Este, sí; este, no; este, sí... —Mengele deshoja la margarita a pie de vagón. Selecciona a los sanos y ordena que gaseen a los ancianos y enfermos—. ¡Tú! ¿Pero qué haces? —grita a un soldado que se llevaba a un par de niños a las duchas—. ¿Acaso no has visto que son gemelos?

El tío José siente especial predilección por los hermanos originados de un mismo óvulo. Tiene grandes planes para ellos. Por sus manos han pasado ya más de cien parejas y todas, en mayor o menor medida, han aportado a la ciencia su granito de arena. Mengele ha realizado intervenciones quirúrgicas sin anestesia, amputaciones, inducción de heridas para su infección y

posterior estudio, transfusiones de sangre entre gemelos... Otmar Freiherr von Verschuer, su mentor y antiguo profesor del Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial de la Universidad Goethe de Frankfurt, estaría orgulloso.

—¡Guido! ¡Nino! —La madre de los dos niños se contorsiona en el suelo después de que el guardia que custodia la fila la haya derribado con su fusil—. ¡Por favor, no os los llevéis! ¡Son lo único que tengo!

La voz de la mujer muere en el aire de un mes de octubre tan gélido como los corazones alemanes. Los alaridos que salen de su garganta no son de este mundo.

—¡Tranquila! ¡Te prometo que los cuidaré bien!

Con tierra en la cara, Agnieszka mira al hombre que le habla desde arriba. Es atractivo y elegante. También, un sádico. Ha oído hablar de sus terribles prácticas.

Una enfermera contempla la escena mientras se llevan a rastras a la desesperada madre. El doctor se ha apiadado de ella y la pondrá a trabajar con los más fuertes. ¡Cómo odia a ese curandero! A la joven sanitaria se le ocurren mil formas de matar a aquel abominable engendro. Le aplicaría exactamente los mismos métodos que él utiliza con sus imberbes pacientes. Sería feliz inyectándole el bacilo de Koch igual que hizo él con dos de aquellos desgraciados a los que contagió de tuberculosis. O, sencillamente, ahogándolo en el mar.

La enfermera resopla y renueva interiormente sus fantasías criminales. Se repite a sí misma lo mucho que odia a su jefe. Odia su pelo peinado con raya, su altanería, sus silbidos continuos, sus órdenes absurdas y su fría crueldad.

—¡Genika!

A un golpe de voz, la chica despierta del trance y todo vuelve a ser igual. El doctor Mengele la llama por su nombre y, cuando eso pasa, ella obedece.

—¿Está todo dispuesto?

—Por supuesto, todo en su sitio, señor.

La de antes es una pregunta retórica, pero ella contesta. Tiene la respuesta perfectamente mecanizada. Cada mañana, rayando el alba, ordena el instrumental médico sobre la mesa de trabajo del doctor Mengele, que se ha hecho construir su propio laboratorio. Se trata de un hombre sumamente metódico y amante del orden. Por eso, quizás, posee dos doctorados, uno en Antropología y otro en Medicina.

—Perfecto.

De nuevo, sonrío satisfecho. Él también ha automatizado sus reacciones.

Quienes lo conocen saben que la sempiterna curva que luce en los labios comenzó a dibujarse en Rusia, cuando, herido de gravedad, fue declarado no apto para el servicio activo. Condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, a partir de ahí su carrera dio un salto cualitativo. Lo ascendieron a *SS-Hauptsturmführer* (capitán médico), circunstancia que, unida a su estrecha vinculación con la ideología racial aria, justificaría su presencia en campos de concentración.

El tío José sueña con alcanzar un cargo universitario relevante al finalizar la guerra. Auschwitz-Birkenau y sus investigaciones genéticas suponen un magnífico trampolín.

—Así que sois Guido y Nino. —El médico se pone en cuclillas para colocarse a la altura de los gemelos que ha seleccionado.

El sonido de tres disparos se cuela entre las palabras del doctor, que mira impasible hacia una de las torres de vigilancia. Un anciano demasiado imprudente se ha salido de la fila y el guardia ha creído que escapaba.

—No os preocupéis. Como le dije a vuestra madre, me aseguraré de que estéis cómodos.

Mengele limpia las lágrimas a uno de los hermanos, que comienza a sentir que quizás el hombre de la bata no es tan malo.

—Podéis llamarme tío José. Así es como todos lo hacen aquí. —Le revuelve el pelo de forma cariñosa al otro—. Por cierto, ¿os gustan los caramelos?

